

**BOCETOS Y FIGURAS DE LA SUBJETIVIDAD VENEZOLANA:
El obrar saludable desde la enfermedad¹**

Jonatan Alzuru Aponte.

*Cogito ergo sum, se repetía
cuando le vino a la mente,
de repente, aquella canción
que dice:*

Soombras nada más.

(Miguel Márquez de Soneto al aire libre, 1986.)

*Recuerda, por favor, cómo reconoce el amo a su esclavo
y cómo el esclavo desea*

ser reconocido

Esto es el amor

*la entrañable voluntad de someterse
de hacer daño*

Tú reconociste en mí al padre que abandona

Yo reconocí la frente de un niño sin nadie

Pero tú también sabías

lo que había padecido todos estos años

los años de infancia

contra el pecho, el legado materno

nuestra única herencia de paria.

*(Yolanda Pantin, fragmento del poema, "Súplica a
Ninetto (Pier Paolo Pasolini), La quietud, 1998.)*

*¿No es este el ideal implícito de toda tecnología y de
toda cosmética, de toda creación y de toda cosmogonía,
incluso de toda revolución y de toda utopía? Dominar la
naturaleza, transfigurarla, hacerla otra, travestirla; destruir lo
dado para hacer aparecer lo que nunca ha existido. En él se
adora, también, el hombre que se atreve a jugar a ser Dios. Y
todos tenemos esa tentación.*

*(Rafael Castillo Zapata, Travesías, Diarios de viajes. La
relación infinita 1990-2010,2012.)*

¹ Se trata de una versión en clave de artículo, de la intervención dirigida al Consejo Universitario de la UCV, disponible en Youtube, bajo el título: Venezuela. El obrar saludable desde la enfermedad.

A manera de preámbulo

La presente reflexión tiene por vocación aproximarnos, con dibujos gruesos, imperfectos, discontinuos, a una comprensión de algunas prácticas constitutivas de la subjetividad del venezolano. No pretendemos dar cuenta de una totalidad porque de suyo no solo es imposible sino ridículo planteárselo; no buscamos una comprensión de la totalidad porque esa vocación de sustituir a la divinidad ha traído no solo consecuencias terribles en el ámbito teórico que, quizás son las menores porque suelen perderse con la polillas de las bibliotecas, sino han sido el fundamento de holocaustos, campos de concentración y tecnificación de la muerte. Más bien, la aproximación, es un dibujo, realizado por un ser que no pretende transformarse en un fotógrafo de periódico realista; sino desea vomitar en su lienzo, los rastros de su percepción a propósito de una de las múltiples caras del poliedro constitutivo de nuestro cuerpo histórico y social.

El trabajo está dirigido a todos aquellos que saben que no saben, pero tienen el profundo deseo de saber; a todos aquellos que tienen más preguntas que respuestas, porque han aprendido que la interpelación es el movimiento del pensamiento para la transformación práctica de la existencia; a los estudiantes, a los que optan por vivir, no como bibliotecas ambulantes, sino como hombres y mujeres que obedecen al único imperio político, el que reside en el palacio de sus cuerpos. La perspectiva desde la cual abordo la reflexión, el estudio, es desde mi experiencia de silencio, porque como dijo ese lúcido maestro del lenguaje Guillermo Sucre: "*La verdadera intensidad es silenciosa*". Lo haré como decía nuestro primer artista conceptual, Simón Rodríguez, "*pintando el pensamiento*" en ocho fragmentos.

Portezuela para el tránsito entre fragmentos

Escribe Enzo Del Bufalo, en sus *Notas de Babilonia*:

“Los discursos y teorías políticas son pues ambivalentes con relación al deseo, a su orientación efectiva, se acoplan con la misma eficacia con el deseo que va en un sentido como el que va en sentido contrario; es decir, no tienen sentido en sí mismos, son un sin sentido. Tan solo las prácticas sociales concretas con las cuales se ensamblan le dan su sentido. Por eso es engañoso intentar determinar la orientación política efectiva de los sujetos solamente tomando en cuenta su adhesión formal a un partido, ideología e institución. Para ello, es necesario saber cómo se maquina su deseo, saber cómo se constituye su subjetividad. Hay, por lo tanto, una relación estricta entre formación de la subjetividad y cohesión social, entre formación de figuras de la subjetividad como la persona o el individuo soberano y ciertas máquinas sociales como el Estado o el mercado. La persona, por ejemplo, es una figura de la subjetividad producida por un tipo de máquina social y sus características dependen precisamente de cómo se maquina el deseo que la constituye. Diferentes maneras de maquinar el deseo producirán diferentes figuras de la subjetividad.”

Fragmentos, retazos: bocetos de los deseos colectivos

I

En 1901, Don pancho, padre de Alberto Soria, en la novela “Ídolos rotos”, afirmó: *“¡La política! ¡Para lo que ha llegado a ser la política! Una feria, una triste feria, la feria de las almas feas y monstruosas.”* El diagnóstico de Manuel Díaz Rodríguez, al inicio del siglo XX es descriptor de la enfermedad de nuestro cuerpo social. Una de las causas que determinaba el gran escritor venezolano era que: *“muchos fenómenos de nuestra vida constitucional y política no se podían entender sin la perfecta amoralidad negra, sin la casi siempre amoral y entreverada alma mulata”.*

Lo que expresa Díaz Rodríguez, tanto el diagnóstico como las causas, era una mirada de nuestros hábitos, costumbres y valores que cruza transversalmente nuestra historia; sumamente visible en las prácticas microfísicas dentro del sistema carcelario venezolano. Los trabajos históricos de Emilia Troconi muestran que en Venezuela los problemas jurídicos hasta

finales del siglo XIX, no solo eran por el origen del delito sino por la naturaleza del transgresor y ésta estaba dada por la tinte de la piel. Las penas y el sitio de reclusión dependían del delito aunado al degradé de la piel, del blanco al negro. Práctica carcelaria que generaba un deseo en la vida ordinaria, una figura de la subjetividad: blanquearse, desear otra naturaleza.

En mi libro, *“Boceto para una estética del vivir”*, reconstruyo un episodio de finales del siglo XVIII que es una imagen de esa figura de nuestra subjetividad: un médico, Diego Mejías Bejarano, solicita al rey español que dispense a su familia de la calidad de su color de pardo, con el objeto que su hijo pudiera entrar a una orden religiosa; puesto que solo los blancos podían hacerse religiosos o asistir a la universidad. El rey accede, concede la dispensa. Decisión que conmovió a la intelectualidad y a la dirigencia política de nuestro país. Es por ello que el cabildo de Caracas, el 18 de noviembre de 1796, apela a la decisión afirmando que *“Los Pardos y mulatos son visto aquí con sumo desprecio y son tenido y reputados en la clase de gente vil; ya por su origen, ya por los hechos que Vuestras Reales Leyes les imponen...”* Y había suficientes blancos en el clero y en la universidad como para verse en la necesidad de aceptar a un blanqueado.

El deseo de ser lo que no se es, blanquearse, como figura de nuestra subjetividad, fue una práctica jurídica; fruto de las prácticas religiosas y educativas en la vida ordinaria del momento.

César Miguel Rondón en su bello libro sobre la *“Salsa”* relata que a finales de la década de los sesenta del siglo pasado: *“Había... una música exquisita, necesariamente cantada en inglés, que se enfrentaba a otra, mucho más arraigada, efectiva y sabrosa, que era drásticamente descartada por ser “música de monos y para monos”. La salsa, pues... se llenaba de sus muy importantes significados sociales y culturales: el barrio tenía su música.”*

Las prácticas musicales tenían el olor de las figuras de la subjetividad de nuestros devenires.

Luis Britto García en su libro *Las máscaras del poder*, nos relata el deseo de heroicidad de los presidentes del siglo XX, tratando de hacer coincidir su vida, su biografía y la forma de gobernar con la del padre de la patria, Simón Bolívar. Hasta en la muerte se deseaba esa coincidencia; Juan Vicente Gómez murió un 17 de diciembre.

La práctica política articulada por el deseo de ser lo que fueron otros, los héroes, ha sido la Maldición de Tántalo de nuestros gobiernos. Armando Rojas Guardia en su discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua dice que el deseo de ser lo que no somos, de ser la sociedad heroica independentista del siglo XIX, es fruto de una práctica: *“Todos nos sentimos disminuidos frente a la envergadura política y militar, y en general existencial, de aquella nuestra primera hora histórica... Todos nos sentimos disminuidos porque no nos percibimos héroes. Y la psicología colectiva dentro de la cual se nos educa es una psicología heroica.”*

Las figuras de las subjetividades se anudan, se hacen complejas. Querer ser otro, de otra naturaleza, blanquearse y simultáneamente, desear liberarse, independizarse de aquello que deseamos ser, el blanco, porque se odia... La liberación como resentimiento: el deseo del esclavo negro de llegar a ser como el amo blanco, para someter al blanco como si fuese un negro.

La subjetividad busca su origen; deseando ser como aquellos otros que combatieron, los inmensos guerreros, de piel arcoíris y que ficcionalmente imaginamos que derrotaron al demonio interior de nuestra subjetividad, en la medida que apuñalaban a ese otro a quien consideraban su opresor; el *“Decreto de guerra a muerte”*, firmado por Bolívar es constitutivo de nuestra subjetividad.

El pasado se transforma en lo que más se desea para el futuro. Se desea otra naturaleza y otro tiempo, el pasado o el futuro; olvidando, tratando de olvidar, de soportar, el fracasado viacrucis del presente.

En el 2015 el joven cineasta venezolano Jorge Thielen Armand fue premiado por su corto documental “*Flor de la mar*”, en el decimo octavo Cine Las Américas, en él nos muestra las ruinas de nuestra primera ciudad del siglo XVI, Nueva Cádiz, Cubagua.

Ciudad que tuvo una vida fugaz, de meteorito; el tiempo en el que se mantuvo fue gracias a un excedente extraordinario, a los dones de la naturaleza, las perlas. Cuando la naturaleza se vio asfixiada por la destrucción de los ostrales, el espacio se hizo hueco, vacío, maremoto de ruinas, césped de esclavos muertos. Cubagua, su fugacidad y sus ruinas, es una figura de nuestra subjetividad, producto de nuestras prácticas económicas.

El gran pensador venezolano, dígame filósofo sin lugar a dudas, que se expresó a través del teatro, José Ignacio Cabrujas, caracterizaba a una de las figuras de nuestra subjetividad, que deviene de la práctica económica, de la siguiente forma: *“La Catedral de Caracas es un parecido, un lugar grande, relativamente grande, todo lo grande que podría ser en Venezuela un lugar religioso, pero al mismo tiempo se trata de una edificación provisional que forma parte del “más o menos” nacional. Uno siente ese “más o menos” en la artesanía de los racimos de uvas, corderos pascuales, triángulos teologales o sandalias de pastores. Uno comprende que alguien levantó esa catedral “mientras tanto y por si acaso”. La historia nos habla de un país rico habitado por depredadores incapaces de otra nostalgia que no fuese el recuerdo de España... Se instaló así un concepto de ciudad campamento magistralmente descrito por Francisco Herrera Luque en una de sus novelas... Han pasado siglos y todavía me parece vivir en un campamento...”* no llegó el quizás que pensaba el dramaturgo, que quizás el campamento se transformó en un hotel. Porque como diría el maestro Miguel Ron Pedrique: *“En Venezuela, el Estado es un estado de ánimo.”*

Cubagua es una figura de la subjetividad de la ciudad campamento, es el deseo de estar en otro sitio, de apropiarse de la riqueza natural lo más rápido posible, explotando, esclavizando a quien se tenga que esclavizar, usando para ello discursos religiosos, nacionalistas, liberales, marxistas o el que sea, porque

al final de las cuentas el asunto no es la palabra ni los conceptos, ni un pensamiento político sino el deseo: desear riqueza y disfrutarla en otro lado, en otro sitio, en otra comunidad, en otro país; mudarse a las zonas bien; donde está el bien, blanquearse, blanqueando el erario nacional.

No ocuparse del lugar, del espacio donde se habita, no interpelarse por la pregunta fundamental de la existencia: ¿cómo vivir juntos siendo diferentes, diversos, opuestos en esta tierra que el azar, la fortuna o la gracia divina nos ha dado? es lo propio de la subjetividad minera.

El problema no fue la perla o el petróleo sino la práctica minera constitutiva de la ciudad como campamento; la vida campamento es una figura de nuestra subjetividad; país tránsito, país campamento, que no alude a un nomadismo, sino al deseo de ser sedentario pero en otro lugar, donde existan los verdaderos ciudadanos, el verdadero estado, la verdadera comunidad, allí donde se pueda disfrutar la riqueza robada, expropiada; riqueza fruto de la explotación del hombre y de lo que le ofrece la naturaleza. Cubagua, Nueva Cádiz, es el cortometraje de la historia de la patria.

Se complejiza las figuras de la subjetividad se desea otro lugar, otro tiempo y otra naturaleza; deseando la liberación como resentimiento, como venganza, como decreto de guerra. La autonomía está asociada a las condiciones materiales de existencia, el dinero, pero el que produce el hallazgo minero, el que requiere un mínimo esfuerzo; se desea participar en un juego de la lotería, sabiendo el número ganador. “No me des dinero, dame el cargo donde haya...”

Su lógica siempre conduce a la derrota en el presente, por eso nuestra subjetividad reza el salmo de Rafael Cadenas:

*“Yo que no he tenido nunca un oficio
que ante todo competidor me he sentido débil
que perdí los mejores títulos para la vida
que apenas llego a un sitio ya quiero irme*

*(creyendo que mudarme es una solución)
que he sido negado anticipadamente y escarnecido por los más aptos
que me arrimo a las paredes para no caer del todo
que soy objeto de risa para mí mismo que creí
que mi padre era eterno...*

(...)

*que no encuentro mi cuerpo
que he percibido por relámpagos mi falsedad y no he podido derribarme, barrer
todo y crear de mi indolencia, mi
flotación, de mi extravío una frescura nueva, y obstinadamente me suicido al
alcance de la mano
me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir burlándome de los
otros y de mí hasta el día del juicio final.”*

IV

Nuestra Facultad de Humanidades publicó en 1968, “*Viajes por Venezuela en el año 1868*” de Friedrich Gerstäcker, traducción realizada por la profesora Ana María Gathmann. El aventurero alemán realiza una crónica de su viaje por el país, donde hace una fotografía prístina de nuestras prácticas políticas. Llega a la Guaira. Cuando lo trasladan a Caracas, en las carretas de entonces, por la vía que recién se había construido, el carretero al igual que otros, maldicen la nueva vía y a su constructor, porque es más larga. ¿La razón? La narra el viajero:

“(...) el contratista tenía desgraciadamente un pariente propietario de grandes tierras sobre la otra ladera, a quien no podía, en el verdadero sentido de la palabra, dejar de un lado, del lado izquierdo, y puesto que el estado cargaba de todos modos con el costo, no importaba mayormente si el camino resultaba más caro o si las carretas de transporte tuviesen que subir dos mil pies más y con ello arruinase los animales. El nuevo camino se construyó por eso a través de las tierras del pariente y los carreteros y viajeros maldicen ahora sistemáticamente al canalla constructor...”

Otra anécdota de finales siglo XIX, narrada por el viajero alemán:

“(...) El general Falcón fue elegido Presidente entonces y por algún tiempo pareció que todo iría bien, ya que precisamente los godos estaban participando activamente para que la calma y la paz reinaran en el país. Como el General Falcón, hombre sagaz, sentía perfectamente que no podría gobernar eternamente, comenzó a tiempo a buscarse un refugio al cual retirarse con lo que entre tanto había “ganado”, es decir, con lo que había podido poner a buen recaudo durante su gobierno y vivir allí en tiempos menguados.

Consiguió de los holandeses una pequeña isla no lejos de Curazao, sobre la que construyó un palacio magníficamente instalado y desde entonces enviaba a ese sitio todo lo que podía y se chupaba al país de una manera tan sistemática, que finalmente se hizo insoportable y provocó la resistencia de todos los partidos...

La riqueza de este país tan extenso se manifiesta por todas partes: podría tener tanta agricultura y ganadería como apenas otro en Suramérica, al par que las minas de oro, que ahora se explotan, podrían producir tesoros mayores que incluso los de California. ¿Y qué cosa es todo este Estado, salvo algunas ciudades igualmente muy castigadas por la revolución? Apenas algo más que un desierto, agobiado por las deudas, sin crédito y, a pesar de eso, siempre sangrando hasta la última gota por gente que considera como una vaca lechera lo que nosotros tenemos por sagrado: la patria.

Son estos los vampiros de toda república americana, sin excluir a Norteamérica, los cazadores de cargos, que piden cuatro años de plazo para después, a pesar de no haber gozado sino de un sueldo insignificante, retirarse como rentista de todos los negocios y quienes, sean de uno u otro partido, en cuanto la oposición está en el gobierno y el pueblo espera tranquilidad, comienza de nuevo la lucha sin perder tiempo.

Venezuela, o, mejor dicho, el actual gobierno, ha producido en cuanto a sanguijuelas, el máximo de lo que hasta ahora se conoce, porque el presidente Falcón –para mencionar un único ejemplo- designó para un ejército de apenas

cuatro mil hombres dos mil (repito dos mil) generales, los cuáles percibían, al menos nominalmente, un cierto sueldo y ocupaban rango que le correspondían en la sociedad, aunque se tratase generalmente de populacho grosero.

El objetivo era evidente; quería con ello formarse un partido de hombres que dependieran únicamente de él y que creyesen poder subsistir tan solo por él; un partido que, si él realmente fuera derrocado, lo sobreviviera y pudiera entonces trabajar en silencio por la reelección.”

En 1991 Miguel Ron Pedrique describió las prácticas intelectuales y sociales que manifestaban las figuras de nuestra subjetividad, de la siguiente forma:

“La existencia intelectual del país más bien se ha degradado. Casi no existen revistas y las que existen, de antemano tienen vetos tácitos para algunos escritores. Se tienen tantos enemigos gratuitos que este fenómeno azaroso además de maligno, es casi milagroso. La multiplicación de los panes es un juego de niños. La desestructuración del país nos ha dado por hacer enemigos a diestra y siniestra. En esta paranoia colectiva somos todos sospechosos: hostis... No creemos en nadie. Solo tenemos enemigos o sospechosos. Vivimos en una suerte de paranoia colectiva. Nuestra solidaridad social es todo lo contrario, para hablar con el lenguaje “cervantino” de nuestro gran chamán Carlos Andrés Pérez. Vivir en este país se ha hecho una pesadilla, si antes imperaba el “pacto del silencio” con toda producción intelectual del país, ahora impera el simple desprecio. Un profundo complejo de inferioridad nos posee y la indiferencia se trasmutó en tánatos: queremos destruirnos. Intuyo que lo estamos logrando. La atmósfera está cargada de desesperación y todos queremos partir. Haber logrado este nivel de desafiliación social no es poca cosa; de nuevo, es un milagro al revés. No esperamos nada. Envidiamos a los que habitan en el exterior y lanzan miradas furtivas al tremedal donde yacemos sin esperanzas.”

V

El siglo XXI ha sido una fotocopia maltrecha de nuestro devenir. Quien piense que nuestros dolores se curan solo con un cambio de gobierno, no han

mirado su cuerpo; quien piense que el padecimiento se cura manteniendo al actual gobierno ignoran su enfermedad o son responsables del sadismo despótico que nos gobierna que desprecia tanto a nuestro pueblo que describe nuestra naturaleza con el vocablo de bachacos, a propósito de las prácticas comerciales; y sus cagatintas, nacionales e internacionales, piensan que quienes apostamos por otra manera de vivir, necesariamente, somos unos esclavos imbéciles, dirigidos por poderes foráneos.

En la Venezuela contemporánea: ¡Hay maestros! ¡Comunidades de maestros!, pobres sí, muy pobres, pero amos de sus cuerpos. Porque la pobreza material no es, ni jamás debe ser entendida como sinónimo de delincuencia o expresión de las prácticas barbáricas de pranes y narcotraficantes; más bien, la pobreza es el resultado de prácticas económicas, políticas y sociales de gobiernos incapaces, ineficientes, injustos e hipócritas que se refugian en conceptos, ideas y tradiciones teóricas, para revestir su crapulosa indignidad.

Desde esa pobreza material, recuerdo aquellas palabras del filósofo de tiempos remotos que fue apresado, y cuando lo iban a vender como esclavo, levantó su voz y dijo: *“Aquí está un maestro. ¿Quién es el esclavo que quiere comprarme?”*

VI

El asunto no es solo de partidos y elecciones. No se trata solo de normas y leyes o planes gubernamentales. Decía Enzo Del Bufalo en sus *Notas de Babilonia* que *“Los discursos y teorías políticas son pues ambivalentes con relación al deseo, a su orientación efectiva, se acoplan con la misma eficacia con el deseo que va en un sentido como el que va en sentido contrario; es decir, no tienen sentido en sí mismo, son un sinsentido.”* Es un *ethos* enfermo; pero, donde lo saludable no existe como norma, como deber, como horizonte; más bien, está en dentro de su propia musculatura corpórea; oculta entre sus propios estilos y formas; como un sexo dormido. La enfermedad es no saber de sí.

Pero hay una Buena Noticia: No hay cabida para el quietismo, el ostracismo, la pusilanimidad o la desesperanza, Dios vomita a los tibios, como reza el Apocalipsis; para aquel que se sabe enfermo y se plantea como tarea, como interpelación, como investigación práctica, la comprensión de su enfermedad, su dolor se transforma en su sabiduría para vivir.

La amargura de la derrota, en la lucha por vencer la enfermedad, aceptándola, descubriéndola en sus zonas más oscuras, es lo neurálgico para interrogarse por la salud; salud que no se articula desde un deber ser; más bien, es producto de aceptarse y elegirse a sí mismo como destino en medio de las contingencias. Como un deportista de alta competencia cuyas derrotas lo conduce a comprender las condiciones, posibilidades y límites de su cuerpo y desde esa asunción, desde esa comprensión y aceptación de su cuerpo, se entrena, se ejercita; su derrota la transforma en el motor para maximizar su belleza en su obrar. Su heroicidad se visualiza al transformar sus acciones ordinarias, cotidianas, lo que hace cualquiera en un deporte, en una acción extraordinaria, sublime. Se hace inhabitual.

Esa terapia de sanación social; esos ejercicios corpóreos, comunitarios, para comprender los amasijos heteróclitos de los deseos que configuran nuestra subjetividad, que se manifiestan en toda práctica social en nuestro país y su interpelación de cómo vivir saludablemente, es el oficio fundamental de nuestras instituciones educativas.

Se trata de crear nuevos espacios intersubjetivos, como proponía Rigoberto Lanz: *“Los nuevos espacios intersubjetivos no se fabrican como ejercicio de marquetería, se trata de un “Territorio existencial” que posibilita la emergencia de nuevas reglas de sentidos asentadas en distintas representaciones cognitivas, estéticas, éticas y afectivas.”* Donde el debate entre diferentes se transforme en su columna vertebral, así lo expresaba:

“No se trata de forcejear para que el otro se integre a mi identidad parcial, sino de forjar nuevos espacios donde convivan múltiples formas de identificación.”

El sentido de esa voluntad colectiva está anclada en una comprensión de la práctica educativa como la pensó nuestro gran maestro, muy mentado, adorado en altares, pero desconocido en sus ideas y en sus prácticas, *Simón Rodríguez*: “*Nadie hace bien lo que no sabe; por consiguiente nunca se hará República con gente ignorante, sea cual fuere el plan que se adopte.*” Y en el bello escrito, “*Sociedades Americanas*” de 1828, nos alerta: “*La ignorancia es la causa de todos los males que el hombre se hace y hace a otros; y esto es inevitable, porque la omnisciencia no cabe en un hombre: puede haber, hasta cierto punto, en una sociedad (por el más y el menos se distingue una de otra). No es culpable un hombre porque ignora –poco es lo que puede saber- , pero lo será si encarga de hacer lo que no sabe.*”

Un maestro que se encarga responsablemente de su oficio en nuestro país, en el presente, es porque sabe de su enfermedad, de nuestra enfermedad, de nuestras prácticas intersubjetivas, de su arqueología y es por ello que su horizonte y práctica educativas, siempre tendría por título el nombre dado por Arnaldo Esté Salas a su obra: “*Educación para la dignidad*”.

Como afirmaban nuestros obispos latinoamericanos en el Documento de Puebla: “*La dignidad de los hombres se realiza aquí en el amor fraterno, entendido con toda amplitud que le ha dado el Evangelio y que incluye el servicio mutuo, la aceptación y la promoción práctica de los otros, especialmente de los más necesitados.*”

VII

La Universidad Central de Venezuela, puede ser un dibujo, de la institucionalidad educativa, su deseo hacerse pueblo, orilla, margen, odiando lo que huele a élite, exquisitez, aristocracia del pensamiento, a perfume Channel, porque no sabe cómo asumir sus saberes ancestrales, cómo constituirse de manera distinta... Se hizo selva, monumento a la Amazonía... Esa institución puede pintarse como una caja musical de las prácticas constitutivas de nuestros ethos enfermo con deseos heteróclitos.

El pensador venezolano Enzo Del Bufalo, en la introducción al libro *Miradas Múltiples. Homenaje a Rigoberto Lanz*, en el 2012, describe un tipo de

práctica que ha corroído nuestra historia, a través del ejemplo del Centro de Investigaciones Postdoctorales:

“La respuesta de Rigoberto fue transformar al grupo, que no era más que una coordinación de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, en un Centro de Investigaciones Postdoctorales con una revista periódica, RELEA, que muy pronto se ganó un merecido prestigio que obviamente no facilitó su trabajo administrativo y mucho menos alivió la que Spinoza llamaba las tristes pasiones cultivadas intensamente por un personal académico en franca depauperación intelectual. La hostilidad contra el “Centro y la Revista”, que para esta gente no era de la UCV sino, en el más puro estilo caudillista, era de Rigoberto Lanz se incrementó, pero al final gracias a su excepcional paciencia y la gran habilidad para lidiar con la burocracia universitaria... su tarea fue lo suficientemente sólida para que tanto el Centro como la Revista sobrevivieran varios años más después que Rigoberto se retirara de la conducción activa. Antes de hacerlo dejó un Centro que se había extendido lo suficiente como para incorporar representantes de otras facultades con investigadores de las ciencias naturales y jurídicas; que se había convertido en una referencia para muchos investigadores de otras universidades nacionales y extranjeras, que encontraron en él, el lugar idóneo para realizar sus estudios postdoctorales. En los últimos años se había convertido también en un modelo adoptado por otras universidades nacionales, pero al final, la intensificación del degrado intelectual e institucional de la universidad logró acabar con él. Pero el haber podido perdurar por más de dos décadas (1989-2011) como lugar de excelencia, o como decía el lema del CIPOST, el espacio donde se celebra la diferencia y el debate riguroso de las ideas, en contexto de degradación intelectual, más aún, de disipación ética, es sin duda un testimonio incuestionable...”

VIII

Concluyo con un consejo a mis amigos, a mis contemporáneos, a mi país, a propósito de la aproximación que he realizado a nuestra enfermedad que es una de las caras más prístinas de nuestra subjetividad. Quien les

aconseja no es un afro descendiente, ni europeo descendiente y tampoco aborigen descendiente, porque la genética no determina mis prácticas, son un rasguño de lo que soy. Si mi genética no determina mis prácticas sociales, muchísimo menos las categorías, las tradiciones conceptuales, filosóficas, sociológicas o políticas; ellas forman parte de mi equipaje, de mi caja de herramientas para fabricar mi pensamiento. Porque como decía Simón Rodríguez: *“Leer es resucitar ideas sepultadas en el papel: cada palabra es un epitafio: llamarlas a la vida es una especie de milagro y para hacerlo es menester conocer los espíritus de las difuntas, o tener espíritus equivalentes que subrogarles; un cuerpo con alma de otro, sería un disfraz de carnaval; y cuerpo sin alma sería un cadáver.”*

Si han de saber quién les aconseja, utilizaría el vocablo de la antropología filosófica de ese exquisito venezolano, cuyo heterónimo es mundialmente conocido, Eugenio Montejo. Uno de los heterónimos de Montejo, Tomás Linden, un venezolano que nació en 1935, a orillas del mar, a quien le llamaban el *sueco de Patanemo*, escribió lo que sería mi definición:

*Soy éste y tantos otros que en mi sueño
vagan, se acercan y desaparecen,
según el mes, el año, el cada día.
En mí tienen su espejo, no su dueño,
En mí secretamente resplandecen
Con sus mil rostros de melancolía*

Ese poliyó que define Eugenio Montejo, y que soy en mi devenir, les aconseja:

En esta “hora menguada” como diría Rómulo Gallegos, en esta crisis económica que sufrimos los venezolanos y la academia, lo primero es saber que el enfermo cuando lo asume tiene la virtud de no ser ni optimista ni pesimista, sino que trata de vivir al instante con toda intensidad; su intensidad se visualiza en una práctica que le es constitutiva, que la desea, que la hace porque es lo mejor que puede hacer por sí mismo; asumiendo el presente en

tanto presente, porque el pasado es inmodificable y el futuro es pura incertidumbre, lo único cierto es su obrar en el presente.

En segundo lugar, les invito a pensar, a reflexionar, en la práctica de ese campesino, sumamente pobre, quien no creía en la ciudad campamento, sino en catedrales de piedra; ese hombre, artista del vivir, uno de nuestro más grandes místicos, el creador, Juan Félix Sánchez, quien nos dejó no solo una obra cultural, sino una práctica de vida digna de emular por todos los venezolanos. Mostrando que el acto creador está muy por encima de la banalidad de la filosofía minera del dinero; como también nos los restriegan, en cada instante, los paisajes de Armando Reverón.

Finalmente, mirar la enfermedad, conocerla, confrontar con nuestra piel la máquina deseante que ha trastocado, configurado, reordenado nuestras prácticas intersubjetivas supone asumir el reto de inaugurar nuevas prácticas sociales que roture la fosilización de nuestro arterioesclerótico cuerpo y quizás, esa emergencia de nuevas prácticas produzca convulsiones incomprensibles; pero allí sugiero, siempre emular, la actitud que narra aquellos versos del son montuno escrito y cantado por el “Diablo de la Salsa”, Oscar D´ León:

“Les tiendo mi mano si quieren

Y así les podré demostrar

Que yo sigo siendo su hermano

No importa lo que vayan a pensar de mí”.